

**LA VIDA DE
LAZARILLO DE TORMES
Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES**

**ADAPTACIÓN TEATRAL
DE**

ROGER LLOVET

PERSONAJES

Lázaro de Tormes
Lazarillo de Tormes
Mujer de Lázaro
Antona
Tomé
Zaide
Alguacil 1º
Ciego
Borracho
Mesonera
Clérigo
Calderero
Vecina
Escudero
Una vieja
Fraile de la Merced
Una mozueta
Buldero
Alguacil 2º
Arcipreste de San Salvador

ESCENA 1

Entra la mujer de Lázaro componiéndose el pelo y la ropa. Mira a uno y a otro lado con actitud de desconfianza.

Mujer: ¿Lázaro...? ¿Estás ahí, Lázaro? Uf, no llegó todavía...

Entra Lázaro. Lleva su trompeta de pregonero y una carta en la mano.

Lázaro: Buenos días, mujer.

Mujer: Buenos los tengáis, esposo mío.

Ésta apenas le hace caso y se dedica a arreglar la casa. Lázaro se encoge de hombros.

Lázaro: Una carta. ¿Pero quién se habrá tomado la molestia de escribirme, y para qué? *(Empieza a leer; de pronto, tuerce el gesto, se enfada; habla consigo mismo).* ¡Pues para eso no valía la pena que Vuestra Merced se hubiera tomado la molestia de escribirme! ¿Quién se acuerda ya de esta historia? De esta historia... pasada. ¡Que yo le escriba para contarle el caso a Vuestra Merced! Vaya por Dios qué porfiados son algunos. Si no hay nada que contar, si ya nadie habla de eso...

Mujer *(con tono entre curioso y amenazador):* ¿Decías algo?

Lázaro: ¿Quién, yo? No, no, nada. Si nunca digo nada...

Mujer: Voy a por agua a la fuente, ahora vuelvo. ¿Estás contento?

Lázaro: Pues claro, ¿por qué no había de estarlo? *(Hablando otra vez para sí).* ¿Porqué no he de estarlo sí estoy ahora en la cumbre de mi prosperidad y buena fortuna? El caso... Bueno, pues sí, sí que puedo contarlo. ¿Por qué no? Que en esta vida todo tiene explicación, salvo la muerte. Pero para que se me entienda es mejor no tomarlo por en medio y empezar por el principio. Contar mi vida desde su inicio, porque se tenga entera noticia de mi persona y no sólo del maldito caso. Anda, Lázaro, recuerda, que luego ya lo escribirás todo. Mi carta a Vuestra Merced comenzaría así:

ESCENA 2

Entran en escena los padres de Lazarillo, ella embarazada; se pone a lavar en medio del río, mientras el padre trasega sacos de harina y de cuando en cuando escamotea un puñado de alguno, que vacía en otro saco medio vacío. Toda la escena tiene un aire grotesco.

Lázaro: Pues sepa Vuestra Merced que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca.

Tomé: Un saco para el propietario y un puñado para el molinero, que si no, no sé de qué íbamos a vivir...

Antona: ¡Ay! Ayayayay! ¡Ay! ¡Qué ya viene, qué ya nace!

Tomé *(que ha acudido a ayudarla):* ¡Empuja, mujer, empuja que ya quiere salir la criatura!

Antona: ¡Ay! Ayayayay! ¡Ay! ¡Qué dolor y qué vergüenza ponerme a parir así, en medio del mismo río!

Tomé *(saca un muñeco de entre las piernas de su mujer):* Listo. Se acabó el parir. Es un niño. Y se llamará Lázaro, como mi abuelo.

Antona: ¡Ay, mi niño! Mi Lazarillo de Tormes, que así se llama este río. ¡Mi niño, Lazarillo bonito!

Salen los padres de escena con el niño y la saca de harina hurtada.

Lázaro: ¡Qué contentos estaban mis padres! Pero la dicha de los pobres es poco duradera, que siendo yo niño de ocho años achacaron a mi padre el robar en los costales de los que a moler venían, por lo cual padeció persecución de la justicia y fue desterrado, muriendo poco después luchando contra moros. Mi madre viuda, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por llegar a ser uno de ellos.

ESCENA 3

Entra Antona, seguida de Lazarillo. Trajina preparando algo de comer.

Antona: ¡Desdichada de mi, viuda, y de ti, pobre huérfano! Triste suerte la nuestra. Me mato trabajando de posadera, para guisar de comer a ciertos estudiantes y lavarles la ropa. Criada de pobres es lo que soy, vaya.

Lazarillo: ¿Que voy a comer hoy, madre?

Antona: ¿Hoy, mi niño? Una cebolla, como ayer y como mañana, si Dios no lo remedia.

La madre se la da y Lazarillo la empieza a comer, con hambre y aire triste.

Lazarillo: ¡Venga cebolla! Si padre viviera...

Lázaro: Pasó el tiempo y mi madre entró en conocimiento con un hombre moreno, caballero del Comendador de la Magdalena.

Lentamente Lázaro deja la escena; mientras, entra el negro Zaide.

Zaide: Buenos días tenga la seña Antona y la compañía.

Antona: Buenos te los de Dios, Zaide. ¿Niño, no dices nada?

Lazarillo: No.

Zaide (*haciendo carantoñas a la mujer*): Antona, hermosa, tu hijo me tiene miedo. Será que no le gusta mi color...

Antona: ¡Niño, sé bien criado!

Zaide (*saca queso y unas morcillas y corta unos pedazos*): Andad y venid a comer, que con la paja y cebada que siso a mi amo y las herraduras que afano a sus caballos, os compro yo estas bagatelas.

Antona y Zaide empiezan a comer; Lazarillo se los mirará de lejos, dudando; poco a poco se irá acercando y empezará a comer con avidez.

Lazarillo (*hablando a su madre*): Yo, al principio de su llegada, pesábame con él y tenía miedo; mas de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuí queriendo bien.

Lazarillo se acerca a Zaide y le abraza, siendo correspondido. Entra de pronto un alguacil.

Alguacil: ¡Negro, date preso!

Antona: Pero ¿por qué? ¡Mi Zaide no ha hecho nada, señor alguacil!

Alguacil: ¡Ladrón de las caballerizas, te vienes conmigo para que la justicia te azote y te pringue! ¡Vivo, vivo!

Antona: ¡Zaide, Zaide, no nos dejes!

Lazarillo (*con desesperación*): Zaide, Zaide ¿quien nos dará de comer ahora?

Salen de escena Zaide y el alguacil, seguidos por Antona.

ESCENA 4

Lazarillo: Zaide, me dejas otras vez con las cebollas. Con las cebollas, mi negro bueno, y con el hambre que yo siempre tengo, Zaide...

Entra Lázaro con una barba postiza en la mano y un palo de ciego; luego entra Antona.

Lázaro: Años y años de hambre, sépalo Vuestra Merced, pero que saben de esto los ricos... (*Empieza a caracterizarse de ciego mientras habla*). En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, al cual le pareció que yo sería bueno para guiarle.

Ciego (*dirigiéndose a Antona*): Buena mujer, este mozuelo me podría servir de guía y lazarillo, y aunque no parece muy listo yo le podré espabilar.

Antona: Ay, señor, yo os ruego que si os lo doy le tratéis bien y miréis por él.

Ciego: No hay más que decir, que así lo haré. Y ya no hay razón para demorarse que yo le tomo y podemos ya emprender el camino de Salamanca.

Antona: Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, recibe mi bendición y que Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto. Válete por ti.

Antona y Lazarillo se abrazan llorando; luego salen todos de escena.

ESCENA 5

Entra el ciego, guiado por Lazarillo.

Ciego: Lazarillo, hijo, si mal no me recuerdo hay en el fondo de esa plaza un toro de piedra, ¿no es así?

Lazarillo: Así es, tío.

Ciego: Pues llégate al animal y si pegas el oído a este toro oirás gran ruido dentro de él.

Lazarillo lo hace y el ciego le da una gran calabazada contra el toro de piedra.

Ciego: ¡Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo! Ja, ja, ja.

Lazarillo: Paréceme que en este instante he despertado de la simpleza en que, como niño dormido estaba. Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y he de pensar cómo me sepa valer.

Ciego: Chico, yo oro ni plata no te podré dar; mas avisos para saber vivir muchos te mostraré, y, aun siendo ciego, te sabré alumbrar.

Acércame a la puerta de la iglesia, que es este un buen lugar para mi oficio.

Canta o recita un romance de ciego

Cristiano, de Dios amigo,
a este ciego mendigo
con dineros o un bodigo
queredle socorrer
y, por Dios, queredlo hacer.
Si de vos no los habemos,
otra cosa no tenemos,
con que nos desayunar:
non lo podemos ganar
con este cuerpo lastrado
ciego, pobre y cuitado.
Dadnos de vuestra caridad,
guárdeos Dios la claridad
de los vuestros ojos; Dios,
por quien la hacéis vos;
gozo y placer veáis
de lo hijos que tanto amáis.
Las vuestras hijas amadas
vedlas a todas casadas
con maridos caballeros.
Y como os sobren dineros
bien me los podéis donar
que por toda buena alma
una oración sé rezar.

Pasan diversos personajes y todos echan alguna moneda o algo de comer en el sombrero que el ciego ha puesto en el suelo; Lazarillo intenta hurtar alguna moneda o alimento, pero el ciego, como si le viese, siempre se lo impide. Acabado el cantar recoge las monedas, las cuenta y las guarda con cuidado.

Ciego: No ha sido mala jornada esta, que la cosecha de maravedís y blancas ha sido harto buena. Anda hijo, vamos a sentarnos y a llenar la panza para recuperarnos.

Se sientan y Lazarillo saca del zurrón algo de comer y una jarra de vino, bien tapada. El ciego reparte la comida -muy poca para el muchacho- y luego le pide la jarra.

Ciego: ¿Estaba bien tapada la jarra, Lazarillo? ¿No se vertió el vino?

Lazarillo: Ni una gota, tío. Está bien llena. ¿Os la destapo?

Ciego: Pues claro, ¿quién quiere comer sin vino?

Lazarillo lo hace e intenta beber un sorbo.

Ciego: ¡Niño, el vino ni catarlo!

Lazarillo: Jesús, que tenéis mejor vista vos que muchos que no son ciegos. No hay quien os pueda engañar.

Ciego: ¡Pues claro!

Mientras el ciego bebe se le acerca por detrás Lazarillo y con un larga paja que

introduce hábilmente en la jarra bebe su ración de vino.

Ciego: El diablo me lleve si no se vacía rápidamente esta jarra, paréceme que beba yo por dos.

Lazarillo: No diréis, tío, que os lo bebo yo pues no le quitáis de la mano.

Se repite otra vez la misma situación, pero esta vez el ciego descubre el engaño.

Ciego: ¡Mal rayo te parta, bribón, ladronzuelo!

Se levanta y le persigue a trompicones, con el jarro en la mano. Los dos salen corriendo por un lado de la escena. Se oye un fuerte golpe y gritos de dolor de Lazarillo. Vuelven a entrar, llevando el ciego en la mano sólo el asa de la jarra.

Lazarillo: ¡Me habéis descalabrado de un jarrazo! ¡Ay, si supierais todo el mal que os quiero, mal ciego!

Ciego: Venga, mozo, que yo mismo te curaré con un unguento de vino y mis oraciones. *(Empiezan a salir de escena, canturreando el ciego y dando algún coscorrón a Lazarillo).* Oración de Santa Genoveva para el dolor de cabeza...

ESCENA 6

Mesón miserable, con su mesonera y un borracho. Entran el ciego y Lazarillo.

Ciego: Dios os guarde, hermanos. Lazarillo, acércame a la lar, que traigo las manos y los pies ateridos de frío.

Borracho: Casualidad de casualidades: acaban de entrar dos ciegos con sus dos lazarillos.

Mesonera: Siéntese, buen hombre, que son frías los atardeceres de abril por estas tierras. Y tú calla la boca, estás tan borracho que ya ves doble.

Borracho: ¡Calla tú, mula!

Ciego: Lazarillo, pon la longaniza que nos dieron a calentar sobre estas brasas. Y tú, mesonera, sírveme un jarro de buen vino.

Lazarillo saca del zurrón la longaniza y también un mísero nabo. Pone la longaniza sobre las brasas y va mirando alternativamente el embutido y la verdura; el ciego bebe y canturrea, abstraído, la mesonera trajina en sus cacerolas y el borracho se ha dormido, la cabeza sobre la mesa. Lazarillo se decide: se come rápidamente la longaniza y pone en su lugar el nabo.

Ciego: Niño, ¿está lista la longaniza?

Lazarillo: Así parece, pero...

Ciego: No hay pero que valga. Dámela ya, que me muero de hambre. *(Lazarillo pincha el nabo con un cuchillo y se lo entrega).*

Lazarillo: Quizás esté poco cocida...

Ciego: Cierra el pico. *(Lo muerde y se pone a gritar con grandes aspavientos; acuden a sus gritos la mesonera y el borracho).* ¿Qué es esto, Lazarillo? ¿Cómo se trasmudó la tierna longaniza en frío nabo?

Borracho: ¿En pavo? Pues mucho mejor...

Lazarillo: ¡Lacerado de mí! Yo no he hecho nada, díganlo la mesonera y el señor borracho, que todo el tiempo me ha estado vigilando.

Borracho: Un santo. El chico es un santo. ¡Transformar la longaniza en pavo!

Ciego: ¡Ven acá, don ladrón! Abre la boca que mi nariz, lengua y afilada, sabrá oler donde la escondes.

El ciego hunde sus narices en la boca de Lazarillo y éste, entre grandes arcadas, arroja sobre el rostro de su amo; ambos caen al suelo, arrastrando con ellos borracho y mesonera.

Cuando se levantan, el ciego aparece como Lázaro, la barba en la mano. Los otros actores preparan la escena siguiente y salen.

ESCENA 7

Lázaro: Sepa Vuestra Merced que desde Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz que mi ciego. Era un águila en todo. Mas también quiero que sepa Vuestra Merced que jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi, pues quería matarme de hambre y lo hubiera conseguido si con mi sutileza y buenas mañas no me hubiera sabido remediar.

(Empieza otra vez a caracterizarse de ciego). Así ocurrió una vez que, llegando a un lugar que llaman Almorox al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador nos dio un racimo dellas en limosna.

Entra Lazarillo con el racimo.

Ciego: Dame el racimo, niño. Y siéntate acá conmigo que vamos a darnos un banquete. Repartirlo hemos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos. Sólo una cada uno.

Lazarillo: Lo prometo. De una en una.

El ciego coge un grano y lo mismo hace Lazarillo; la vez siguiente, el ciego toma dos y lo mismo hace el muchacho; luego otras dos y Lazarillo coge tres, acabando así el racimo. Se oyen, lejanos, algunos truenos.

Ciego: Lázaro, engañado me has; juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres.

Lazarillo: No comí; mas ¿por qué sospecháis eso?

Ciego: ¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y tú callabas, puñetero bribón.

Le golpea con el puño; Lazarillo se levanta y el ciego le persigue a bastonazos; empieza una tormenta con rayos y truenos mientras todavía se persiguen medio en serio, medio en broma. Los dos acaban por refugiarse como pueden bajo la capa del ciego.

Ciego: Menuda tormenta, Lázaro. Esta agua es muy porfiada y ya la noche se acerca. Mejor será buscar con tiempo una posada.

Lazarillo: Con el agua la calle se ha convertido en un arroyo, lleva mucho caudal y será difícil cruzarla sin mojarnos.

Ciego: Pues busca un lugar donde se estreche, cabezota *(le da un fuerte coscorrón)*, y ayúdame a pasarlo a pie enjuto.

Lazarillo descubre un poste clavado en la calle y coloca al ciego justo enfrente.

Lazarillo: Tío, éste es el paso más angosto que en el arroyo hay.

Ciego: Ponme bien derecho y salta tú el arroyo, que tras ti voy. (*Lazarillo finge saltar*).

Lazarillo: ¡Sus! Saltad todo lo que podáis, porque deis en seco y no en mojado, que está muy fría el agua.

El ciego arremete, tomando un paso atrás, para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que suena recio. Cae para atrás medio muerto y hendida la cabeza.

Lazarillo: ¿Cómo, y olisteis la longaniza y no el poste? ¡Olé, olé! Quedad con Dios, mal ciego, que ya no soy tan necio y empiezo a saber más que el diablo.

Sale de escena. Oscuro.

ESCENA 8

Habitación de una casa muy pobre. Un cura desaliñado y de mal aspecto hojea un libro de oraciones. Llaman a la puerta. El cura abre. Aparece Lazarillo.

Lazarillo: Señor clérigo, ¿podrías socorrer con alguna limosna a este pobre necesitado?

Clérigo: Muchacho, ¿tú sabes ayudar a misa?

Lazarillo: Sí sé, señor.

Clérigo: Pues si sabes ayudar y eres buen trabajador, yo podría acogerte de criado.

Lazarillo: ¿Y cual sería la paga, señor clérigo?

Clérigo: Ya veo que te preocupan más las cosas materiales que las del espíritu. Ni paga, ni salario; pero la buena comida nunca te faltará en esta casa.

Lazarillo: ¡Comida! Con el hambre que llevo... Acepto el trato.

Clérigo: ¿Y cual es tu nombre, muchacho?

Lazarillo: Lazarillo de Tormes, para servirlos. (*Le besa la mano y el clérigo le da su bendición de cualquier manera*). Y os serviría mucho mejor si me dieseis algo de comer ahora, llevo días sin tomar apenas un bocado.

Clérigo: Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. ¡Mejor vida vas a llevar que el Papa!

Lazarillo (*mirando la pobre casa*): Pues, ¿qué es lo que tengo que comer, señor?

Clérigo: Pero muchacho, ¿no ves colgado de aquel clavo una ristra de cebollas? Pues toma una -una- y hártate.

Lazarillo: Desdichado de mi, otra vez cebollas, las malditas cebollas para adormecer mi hambre.

Coge una y empieza a comerla tristemente. El cura se sienta, inicia un rezo y se queda dormido, roncando. Entra en escena Lázaro.

Lázaro: Sí, otra vez las malditas cebollas para curar el hambre de los pobres. Sepa pues Vuestra Merced que escapé del trueno y di en el relámpago, porque era el ciego un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, comparado con este mi nuevo amo.

El cura se despierta con sobresalto; Lazarillo parece haberse quedado dormido; el cura se dirige a una arca; la abre con una llave que lleva escondida colgándole del cuello,

mirando a un lado y a otro, saca algunos panes, los cuenta varias veces y los vuelve a guardar; Lazarillo de reajo, lo ha visto todo. El cura se sienta y vuelve a seguir durmiendo.

Lázaro: El tenía una arca vieja y cerrada con su llave, que escondía sujeta a su cuello, y en ella guardaba algunos panes que en toda la casa no había otra cosa de comer.

Lazarillo: ¿Y en toda la casa no habrá cosa de comer, como suele estar en otras algún tocino colgado, algún queso puesto en alguna tabla o en el armario, algún canastillo con los pedazos de pan que de la mesa sobran? *(El cura ha despertado y en parte ha oído los lamentos de Lazarillo)*. Me parece a mí que escapé del trueno y di en el relámpago.

Clérigo: Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros. *(Vuelve a dormirse)*.

Lázaro: Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como lobo y bebía más que una tropa de soldados. Durante los seis meses que fui su criado enflaquecí tanto que las piernas apenas me sostenían. Rezaba, eso sí, rezaba mucho.

Lazarillo *(puesto de rodillas)*: Señor Dios todopoderoso yo te pido que se muera alguien hoy, o, a mucho tardar, mañana; y que en los funerales la familia del difunto sirva algo de buen comer y de buen beber y pueda llenarme un poco la panza. Anda Señor, manda a la muerte para que acabe con algún agonizante, si no puede ser hoy, a mucho tardar mañana. Amén.

Lázaro: Vuestra Merced ha de saber que Dios todopoderoso me escuchó unas veinte veces, porque, viendo mi continua y lenta muerte, pienso que se holgaba de matar a otros por darme a mi vida.

Lázaro sale de escena. El cura vuelve a despertarse de golpe.

Clérigo: Lazarillo, hijo, tengo que salir a unos encargos. Cuida de la casa. Y no comas nada, que ya almorzaste tu cebolla esta mañana.

Va a salir. Duda. Abre el arca y cuenta sin sacarlos los panes. Marcha luego.

Clérigo: Siete. Siete panes.

ESCENA 9

Lazarillo: ¿Y si saliera yo a buscar un nuevo amo?, pero las piernas me flaquean... Y ya he tenido dos: el primero traíame muerto de hambre, y dejándole, topé con éste que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si éste desisto y doy con otro más avaro ¿qué será sino fenecer?

Calderero *(Off, desde la calle)*: ¡Calderero! ¡Se reparan calderos de cobre y cerraduras, se venden llaves! ¡Calderero, vecinos y vecinas, calderero!

Lazarillo: ¡Reparar un caldero, si no tengo nada para echarle! Cerraduras y llaves, bah. ¿Cerraduras y llaves? ¡No es un calderero, es un ángel enviado por Dios! *(Sale a la puerta)*. ¡Calderero, buen calderero! *(Éste entra)*.

Calderero: ¿De qué tienes menester, muchacho?

Lazarillo: Tío, una llave de este arcaz he perdido, y temo que mi señor me azote. Por vuestra vida, veáis si en éstas que traéis hay alguna que le abra, que yo os lo pagaré.

El calderero prueba varias hasta conseguir abrir el arca.

Lazarillo: ¡Oh paraíso panal! ¡Panes bellos, hermosos, golosos! Yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad un bodigo de estos en pago.

Calderero: Buen pan es este. Me doy por bien pagado. Toma la llave, mozuelo.

Sale el calderero. Lazarillo come un poco de cada pan.

Lazarillo: Un pellizco aquí, otro en esotro. Que queden como ratonados. Y que Dios me proteja cuando mi amo abra el arca.

ESCENA 10

Lazarillo recoge los panes y los encierra en el arca. Entra el clérigo.

Clérigo: ¿Hubo alguna novedad en mi ausencia, Lazarillo?

Lazarillo: No, señor. En esta casa nunca ocurre nada.

Clérigo (*Pasea leyendo su breviario*): In illo tempore... (*Mira hacia el arca; Lazarillo se sienta rápidamente encima*). In illo tempore... ¿No tienes nada que hacer, muchacho?

Lazarillo: No, no señor. Barrí, fregué.

Clérigo: In illo siete, digo, tempore. Conté siete...

Lazarillo: Seis, señor.

Clérigo: Seis, ¿qué?

Lazarillo: No sé, vos dijisteis siete y yo pensé seis, en voz alta.

Clérigo: Anda, levántate de ahí, que tengo que mirar una cosa que dejé en el arca.

Lazarillo: No puedo.

Clérigo: ¿Qué no puedes?

Lazarillo: No. Las piernas no me sostienen, las cebollas no son un alimento succulento y...

Clérigo: Deja de decir bobadas. Mejor vives que el Papa. Levántate ya.

Lazarillo: Sí. ¡No! Bueno. San Juan: ciégale, ciégale, San Juan.

Clérigo: ¿Qué murmuras?

Lazarillo: Nada. Soy devoto de San Juan y le rezaba.

Abre el arca.

Clérigo: Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. ¡Seis! ¡Unodostrescuatrocincoseis! ¡Siete! ¡Eran siete!

Lazarillo: Seis, contasteis seis. Antes. Antes de salir.

Clérigo: ¿Seis? Conté siete... (*Mira los panes con más atención*). Están algunos como roídos. Pero ¿cómo es posible, si sólo yo tengo la llave y es segura la cerradura?

Lazarillo: Este arquetón es viejo y grande y por algunas partes, aunque pequeños, tiene algunos agujeros. Puédense entrar por ellos los ratones y...

El cura se dirige rápidamente a un rincón de la casa de dónde vuelve con pedazos de madera, clavos y un martillo. Como un loco empieza a reparar el arca.

Clérigo: ¡Ratones a mí! A ver ahora como entran en el arca. ¿Siete...? ¿Seis...? Lázaro, es ya de noche y debemos retirarnos a dormir. ¡Buenas noches!

Lazarillo: ¡Buenas noches, amo!

Ambos se retiran. La escena queda sola y casi a oscuras. De pronto, el clérigo regresa como loco al arca, buscando y rebuscando; se tranquiliza y vuelve a dormir.

Clérigo: ¡Ratones a mi! ¡Bah!

ESCENA 11

De puntillas entra Lázaro.

Lázaro: A partir de este día pude comer algo de pan diariamente. Bueno, nocturnamente, porque, sepa Vuestra Merced, que noche tras noche, cuando sentía que mi amo dormía, pues roncaba y resoplaba (*se oyen los ronquidos del clérigo*) como cerdo, levantábame muy quedito, muy quedito (*se levanta del camastro Lazarillo, que irá haciendo lo que Lázaro cuenta*), cogía un cuchillo viejo y me iba al triste arcaz, y por do menos defensa tenía, le acometía con el cuchillo, que lo usaba a manera de barreno. Y como la antiquísima arca era muy blanda y carcomida, hacía un buen agujero por dónde conseguía mis buenos pedazos de pan. Y durante días lo que mi amo tapaba de día, yo destapaba de noche.

Lázaro sale de escena y Lazarillo vuelve al camastro. Se hace de día.¹ Entra el clérigo, que se dirige al arca.

Clérigo: Maldición de maldiciones, ¿pero cómo es posible, si nunca antes en esta casa hubo ratones?

La repara. Se hace de noche. Sale de escena. Lazarillo vuelve a actuar. Se hace de día. Se repite la situación anterior.

Clérigo: ¿Pero cómo es esto posible? Dentro del arca pondré una ratonera, con algunas cortezas de queso...

La repara. Se hace de noche. Sale de escena. Lazarillo vuelve a actuar.

Lazarillo: Bien saben estas cortezas de queso...

Se hace de día. Se repite la situación anterior. Mientras el cura está encima del arca dando grandes golpes con un martillo, entra una vecina. También Lazarillo.

Vecina: Pero ¿qué ruido es este, señor cura? ¿A qué vienen estos martillazos cada mañana?

Clérigo: Los ratones, señora vecina, los malditos ratones que se comen mi pan.

Vecina: Como va haber ratones en esta casa, ¿qué van a comer, pan y... cebolla? En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y ésta debe ser, que como es larga le es fácil entrar y salir del arca sin caer en la trampa de ratones.

Clérigo: Eso debe ser, vecina. Ya no recoso más la carcomida arca, que de poco le sirven mis remiendos contra ratones si es una culebra la ladrona. Lázaro, sal fuera y tráete un buen garrote, que yo montaré guardia toda la noche y juro que he de matarla a garrotazos. Adiós y gracias, vecina.

¹ A partir de aquí la escena tomará un ritmo endiabladamente rápido, como de película muda acelerada: el cura reparando de día el arca y Lazarillo forzándola de noche.

Vecina: Quede usted con Dios, señor clérigo.

Lazarillo y la vecina salen juntos. Al poco vuelve el muchacho con un garrote.

Lazarillo: Tomad, señor, pero mirad bien lo que hacéis, no ocurra una desgracia.

Clérigo: Nada malo ha de ocurrir, Lázaro. Acuéstate y descansa que yo velaré el arca y la sabré bien defender.

Lazarillo se acuesta. Oscuro.

Lazarillo (*hablando consigo mismo*): Anda como loco mi amo, ¿y si en un arrebató me registra y encuentra la llave que me hizo el calderero?

Clérigo (*hablando consigo mismo*): He de estar alerta y vigilar. Estos animales, buscando calor, suelen ir a las camas donde duermen las criaturas y mordiéndolas las hacen peligrar, pero a mí viene a morderme los panes. ¡Maldita seas, culebra del demonio!

Lazarillo (*hablando consigo mismo*): Creo que la esconderé en la boca, ahí no se le ocurrirá buscar.

Lazarillo se duerme con la llave en la boca, y, sin querer, produce un extraño silbido al respirar.

Clérigo (*hablando consigo mismo*): ¡Eh! ¿Qué es esto que oigo? Sin duda debe de ser el silbo de la culebra.

Empieza, de puntillas y con el garrote alzado, a seguir la pista del silbido, hasta llegar al lecho de su criado.

Clérigo (*hablando consigo mismo e inmovilizado con el garrote en alto*): ¡Vive Dios que en las pajas donde está echado Lazarillo, a su calor, ha buscado refugio! ¡Pues toma, ladrona! ¡Toma y toma!

Golpea fuertemente a Lazarillo que da grandes gritos. Oscuro total.

ESCENA 12

Lázaro, solo, en escena.

Lázaro: Descubrió el clérigo todo el engaño. Y cuando apenas me había repuesto de las heridas que me había causado, me dijo: "Lázaro, de hoy más eres tuyo y no mío. Busca amo y vete con Dios; que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor." Desta manera me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza y di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo. (*Entra Lazarillo*). Y paseando por sus calles topóme Dios con un escudero (*entra éste*) que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden.

Lázaro sale de escena.

Escudero: Muchacho, ¿buscas amo?

Lazarillo: Sí, señor.

Escudero: Pues vente tras mí, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo;

alguna buena oración rezaste hoy.

Lázaro: Pasamos por las plazas do se vendía pan y otras provisiones. Yo pensaba que me haría cargar con lo que comprase, mas como no lo hizo, bien consideré que debía ser hombre rico mi nuevo amo, y que ya la comida estaría a punto cuando llegásemos a su casa. ¡Menuda casa, Vuestra Merced, menuda casa!

Lázaro sale de escena.

Lazarillo: La casa es oscura y lóbrega, tanto que casi da temor...

Escudero: ¿Lóbrega y oscura? ¿Temor? Qué cosas dices... Y a todo esto, ¿cómo te llamas?

Lazarillo: Lázaro, Lazarillo de Tormes, para servir a vuestra merced.

Escudero: Que cosas dices, Lazarillo. A mi me parece bien. Toma mi capa, dóblala y ponla en su lugar.

Lazarillo (*Lazarillo lo hace*): Pero si no hay mueble alguno do ponerla... (*La deja en el suelo*).

Escudero: Tú, mozo, ¿has comido?

Lazarillo: No, señor, que aún no eran dadas las ocho de la mañana cuando vuestra merced me encontró.

Escudero: Pues, aunque de mañana, yo ya había almorzado, y hágote saber que cuando como por las mañanas, hasta la noche me estoy así, sin más comer. Por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos.

Lazarillo: ¡Mísero y lacerado Lazarillo!

Escudero: ¿Cómo dices?

Lazarillo: Digo, señor, que mozo soy y no me fatigo mucho por comer o no comer, que ya estoy habituado.

Escudero: Virtud es ésa, y por eso te querré yo más; porque el hartar es de puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien.

Lazarillo (*al público*): Conozco bien esta doctrina ¡Maldita sea la medicina y bondad que aquestos mis amos que yo hallo, hallan ellos en la hambre!

Lazarillo se sienta a un cabo del portal y saca unos pedazos de pan del pecho y empieza a comerlos.

Escudero: Ven acá, mozo. ¿Qué comes? (*Lazarillo se le acerca y le muestra el pan. El escudero toma un pedazo*). Por mi vida, que parece éste buen pan.

Lazarillo: ¡Y cómo, agora, señor, es bueno!

Escudero: Sí, a fe. ¿Adónde lo hubiste? ¿Es amasado de manos limpias?

Lazarillo: No sé yo eso; mas a mi no me pone asco el no saberlo. Lo guardaba yo en mi pecho, que no suele estar muy limpio...

Escudero: Así plega a Dios. (*Se lo lleva a la boca y comienza a dar en él fieros bocados*). Sabrosísimo pan es éste.

Lazarillo come rápidamente para evitar que su amo le coma más pan. Éste acaba, recoge las migas y las come con avidez.

Escudero: Lázaro, éntrate en ese cuarto y tráeme la jarra.

Lazarillo lo hace y el escudero bebe con gusto.

Escudero: Bebe, Lázaro, yo te convido.

Lazarillo (*con hipocresía*): Señor, no bebo vino.

Escudero: Agua es, bien puedes beber.

Lazarillo: ¡Vaya por Dios! Pues bebamos, bebamos... agua.

Los dos quedan inmóviles en escena, con la mirada perdida mientras va oscureciendo.

Escudero: Ya oscureció, mozo, y tendrás que hacerme la cama.

Lazarillo: ¿Qué cama? ¿Y con qué?

Escudero: Pues con estos cañizos y esta manta.

Lazarillo la prepara.

Lazarillo: Vaya una cama... *(Le hablará a ella)*. Si tú, lecho triste, pudieras en comida transformarte serías... serías... ¡una cebolla!

Escudero: Lázarro, ya es tarde, y de aquí al mercado hay gran trecho. También en la ciudad andan muchos ladrones, que, siendo de noche, roban las capas. Pasemos hasta mañana sin cenar y, venido el día, Dios nos hará merced.

Lazarillo: Señor, de mi ninguna pena tenga Vuestra Merced, que bien sé pasar una noche y aun más, si es menester, sin comer.

Escudero: Vivirás más y más sano. Porque, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho como comer poco.

Lazarillo: Si esto es así, señor escudero, yo acabaré siendo inmortal.

Se hace oscuro. El escudero se acuesta en el camastro y Lazarillo a sus pies. Ambos se mueven al mismo tiempo: se rascan, malduermen...

ESCENA 13

Entra Lázarro y los contempla unos instantes..

Lázarro: ¡Pobres...! Y la mañana fue venida.

Se hace de día de golpe, al tiempo que el escudero se levanta. Se moja brevemente los dedos en el agua de la jarra, se repeina, se ciñe una vieja espada, y da unos pasos fanfarrones por la mísera habitación.

Escudero *(desenvainado la espada)*: ¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta! *(Lazarillo despierta, sobresaltado)* ¡Podría con ella cortar un copo de lana!

Lazarillo *(desperezándose)*: Y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras.

Escudero: Lázarro, mira por la casa en tanto que voy a oír misa, y haz la cama y ve con la vasija de agua al río, que aquí bajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo.

Sale de escena con mucho donaire y señorío.

Lazarillo: ¿Robar algo en esta casa? ¡Vaya por Dios! Y que aires se da mi amo, si parece el conde de Arcos. Iré a por agua, y a ver si de paso alguna buena vecina me socorre con algo de comer.

Sale Lazarillo.

Lázarro: ¿Qué le parece a Vuestra Merced mi tercer amo? ¿Quién encontrará a aquel mi señor que no piense, viendo su porte y su aspecto, que anoche bien cenó y

durmió en buena cama, y, aunque agora es de mañana, no le cuenten por muy bien almorzado? Vivía de aparentar y sufría por su honra.

Le interrumpen cantos fúnebres y gritos y llantos que llegan de la calle.

Viuda (Off): ¡Ay, de mi, que desde ayer quedé viuda! Marido y señor mío, ¿adónde os llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben!

Lázaro sale de escena al tiempo que entra Lazarillo aterrorizado y escondiendo algo en los faldones de su camisa.

Lazarillo: ¡Triste y desdichado de mi! ¡Para mi casa llevan ese hombre muerto; a buen seguro que querrán enterrarle aquí mismo! ¡Qué espanto!

Los cantos fúnebres, gritos y llantos se alejan. Entra el escudero.

Escudero: ¿Qué es eso, mozo? ¿Qué voces das? ¿Por qué tiembles con tal furia?

Lazarillo: ¡Oh, señor, acuda aquí, que nos traen acá un muerto!

Escudero: ¿Cómo así?

Lazarillo: Al ir a por agua lo encontré, que venía diciendo su mujer: «Marido, ¿adónde os llevan? ¡A la casa lóbrega y oscura, a la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura donde nunca comen ni beben!». Acá, señor, nos le traen.

Escudero (riéndose): Lázaro, muchacho, no hay para tanto. Pero... ¿qué escondes en la camisa?

Lazarillo: Nada.

Escudero: ¿Nada?

Lazarillo: Bueno, una uña de vaca y unas tripas que me dieron unas vecinas...

Escudero: ¿Y saben ellas que eres tú mi criado? ¿No ves que pidiendo pones en peligro mi honra y mi buen nombre?

Lazarillo: Nada saben, señor.

Escudero: Pues que jamás lo sepan. Que soy, aunque escudero, de hidalgo y noble linaje. Eres muchacho y no sientes las cosas de la honra en la cual está encerrado todo el caudal de los hombres de bien. A mi se me debe saludar con un «Beso las manos a Vuestra Merced», o por lo menos: «Béseos, señor, las manos», puesto que soy propietario de unas casas en Valladolid que, si todavía estuvieran en pie, valdrían más de doscientas veces mil maravadís. Y tenía un palomar que, de no haberse hundido, buenas rentas me daría.

Lazarillo: Y, digo yo, señor, si no sería preferible tener menos presunción y buscar algún trabajo provechoso para cubrir la necesidad...

Escudero: ¡Cómo te atreves Lázaro! ¿Qué un hidalgo español ensucie sus manos trabajando? Eres villano y, como dije, nada entiendes de las cosas del honor.

Lazarillo se encoge de hombros y se sienta en un rincón a comer.

Escudero: Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi a hombre alguno, y que nadie te lo verá hacer que no le pongas gana aunque no la tenga. ¿Uña de vaca es?

Lazarillo: Sí, señor

Escudero: Dígote que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisán que mejor sepa.

Lazarillo: Pues pruebe, señor, y verá qué tal está.

Escudero: Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hubiera comido bocado.

Entra Lázaro.

Lázaro: ¿Qué le parece a Vuestra Merced mi desastre que, escapando de los ruines amos que había tenido y buscando mejoría, viniese a topar con quien no sólo no me mantuviese a mi, mas a quien yo había de mantener? Aunque reconozco que no era mala persona, pues si nada me daba, es porque nada tenía, no como los otros que eran avaros y me maltrataban.

Entra en escena una vieja.

La vieja: Señor hidalgo, hace meses que me adeudáis el alquiler de esta casa. Y a mi sobrino, semanas ha que le debéis este jubón, calzas y capa que os fió de buena fe.

Escudero: ¡Que porfiados y groseros sois los villanos! Nada tenéis que temer: que ahora mismo me llevo a la plaza a recuperar unos dineros que me deben; volved por la tarde y saldaré mi deuda.

Salen el escudero, y la vieja refunfuñando.

Lázaro: Volvieron la vieja y su sobrino por la tarde, mas quien nunca volvió fue mi tercer amo. Me pedían a mi sus arcas y tapices y alhajas y mucho me costó el convencerles de que nada tenía. Suerte de las vecinas que hablaron a escribanos y alguaciles de que yo era un pobre muchacho inocente. Así pues, sepa Vuestra Merced, que esta tercera vez no abandoné yo a mi amo, como suele ocurrir, si no que éste me abandonó y huyó de mi.

Oscuro.

ESCENA 14

En Escena Lázaro.

Lázaro: Hube de buscar el cuarto amo, y éste fue un fraile de la Merced (*entra éste persiguiendo y manoseando lúbricamente a una mozueta*), que las vecinas que dije me encaminaron, al cual ellas le llamaban pariente. Gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera. Amicísimo de negocios seculares y visitar. Tanto, que pienso que rompía él más zapatos que todo el convento. Este me dio los primeros zapatos que rompí en mi vida; mas no me duraron ocho días, ni yo pude con su trote durar más. Y por esto y por otras cosillas que no digo, salí dél.

Fraile: ¡Niña, ve acá que te confiese!

Mozuela: ¡Frailecico loco, con un beso bajo las faldas yo me contento!

Salen los dos de escena con los mismos juegos.

Lázaro: El quinto, sepa Vuestra Merced, que fue un buldero, el más de desvergonzado y el mayor echador dellas que jamás yo vi.

ESCENA 15

Entra el buldero seguido de Lazarillo. Sale Lázaro.

Buldero: Buen lugar es éste, donde ayer llegamos, y buena su iglesia pera vender mis bulas, Lazarillo.

Lazarillo: Asegúrese bien, vuestra merced, que por estos pueblos están hartos de los vendedores de falsas bulas y suelen correrles a garrotazos.

Buldero: No será éste mi caso.

Lazarillo: No estaría yo muy seguro después de la pelea que anoche tuvo con el señor alguacil de este pueblo, delante de todo el vecindario, además.

Buldero (*se ríe socarrón*): Me acusó de hacer trampas en el juego... Menuda bronca armamos... Pero estáte tranquilo, que nada malo nos ha de ocurrir.

(*Saca una bula, la muestra y se dirige al público*). Hermanos y hermanas carísimos: tomad, tomad de las gracias que Dios os envía hasta vuestras casas, y no os duela pagar su justo precio, pues es obra tan pía la redención de los cautivos que están en tierra de moros, porque no renieguen nuestra santa fe y vayan a las penas del infierno, siquiera ayudádes con vuestra limosna, para que salgan de cautiverio. Y aun también es útil para liberar del purgatorio las almas de vuestros familiares difuntos, comprándome esta santa bula.

Entra en escena el alguacil.

Alguacil (*al público*): ¡Atended, atended, conciudadanos! Os declaro claramente que las bulas que éste predica son falsas, que no le creáis ni las toméis. Y como autoridad que soy declaro des de aquí su maldad.

Buldero: ¿Me odiáis por lo que ocurrió anoche y queréis desprestigiarme ante todo el pueblo? ¿Tenéis algo más que decir, alguacil?

Alguacil: Harto hay más hay que decir de vos y de vuestra falsedad, mas por agora, basta.

Buldero: (*El buldero se arrodilla, los ojos en blanco, los brazos en cruz*). Señor Dios, a quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas y a quien nada es imposible, antes todo posible. Tú sabes la verdad y quan injustamente yo soy afrentado. Y por esto te pido que hagas un milagro y ha de ser desta manera: que, si es verdad lo que aquél dice y que yo traigo maldad y falsedad, se hunda el suelo bajo mis pies y perezca yo sepultado; y si es verdad lo que yo digo que él sea castigado y de todos conocida su malicia.

Oídas estas palabras, cae el alguacil en el suelo con un violento ataque, sacando espumarajos por la boca.

Lazarillo: ¡Grandísimo milagro es éste! ¡Señor buldero, socorred a este pobre alguacil!

Buldero (*como volviendo en sí*): Que Dios le perdone; yo haré lo que me pides, Lazarillo. (*El buldero coloca la bula sobre la cabeza del alguacil y éste empieza a calmarse*). Señor Dios omnipotente, yo te invoco y pido que por el poder desta santa bula cures este hombre. (*El alguacil se repone*).

Alguacil: ¡Señor buldero, gracias, gracias! Reconozco que tentado por el demonio he mentido para impedir que estas buenas gentes tuvieran el privilegio de comprar esta santa y verdadera bula! ¡Gracias!

Sale de escena.

Buldero: Toma las bulas, Lazarillo, y repártelas, que todo el pueblo quiere ya comprarlas.

Lazarillo baja entre el público y reparte las bulas. Vuelve a subir al escenario.

Lazarillo: Todas las vendí, mi amo.

Buldero: ¡Grande ha sido la ganancia! Señor alguacil, señor alguacil, veniros para acá, que bien podemos repartirnos los beneficios.

Lazarillo: ¿Cómo...?

Entra el alguacil

Alguacil: A buen seguro que el negocio ha sido grande, ya que mi representación, debéislo reconocer, ha sido extraordinaria.

Buldero: Los dos somos actores consumados.

Lazarillo: ¿Pero no ha sido cierto el milagro? ¿Os habéis burlado de la inocente gente?

Alguacil: ¡Burladores somos!

Buldero: ¡Desde el principio estábamos entrambos conchabados!

Salen los dos repartiéndose el dinero. Detrás, desconcertado, Lazarillo.

ESCENA 16

Entra Lázaro.

Lázaro: Menudo sinvergüenza mi buldero, pero la verdad es que mientras con él estuve nunca me faltó algo de comer, aunque fuera poco. Después déste asenté con un maestro de pintar panderos para molerle los colores, y también sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, un capellán me recibió por suyo y púsome en poder un asno y unos cántaros y comencé a vender agua por la ciudad. Este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida. Fuéme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé, ahorré para me vestir muy honradamente de ropa vieja. *(Entra Lazarillo con el mismo vestido y aspecto que Lázaro).* También fui durante un tiempo ayudante de un hombre de justicia, pero, por parecerme oficio peligroso, muy pronto lo dejé.

Lázaro y Lazarillo: Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento, por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino provechoso. Y con favor que tuve de amigos y señores, conseguí un oficio real, viendo que no hay nadie que medre sino los que le tienen.

Lazarillo va saliendo muy lentamente de escena.

Lázaro: En el cual el día de hoy vivo y resido en Toledo a servicio de Dios y de Vuestra Merced. Y es que tengo cargo anunciar los vinos que en esta ciudad se venden. Pregonero soy, hablando en buen romance.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo conocimiento de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor, y servidor de Vuestra Merced, mandóme llamar.

Entra el arcipreste, seguido de una mujer que recompone sus ropas.

Arcipreste: Te he mandado llamar, Lázaro, porque quiero que pregones y vendas mis vinos, que bien te sabré recompensar.

Lázaro: Lo haré con gusto, señor.

Arcipreste: Pues más gusto ha de darte lo que ahora pienso proponerte, ¿conoces a esta moza, mi criada?

Lázaro: Sí, la he visto algunas veces en el mercado, lavando en el río...

Arcipreste: Pues si por tu parte no hay inconveniente, puedes tomarla por esposa, que ya he hablado yo con ella y está en todo de acuerdo.

Lázaro: Señor, de vos no puede venirme sino bien y favor y acepto sin dudarlo. Queda el trato concertado.

Arcipreste: Santa decisión es esta. Ea, moza, vayamos a preparar tu boda.

Saldrán los dos de escena, y sin que Lázaro se de cuenta, el arcipreste dará un buen achuchón al trasero de la moza.

Lázaro: Y entérese bien Vuestra Merced que hasta agora no estoy arrepentido, porque, allende de ser ella diligente y servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda. Que a menudo nos regala una carga de trigo o algo de carne por Pascua, o la ropa vieja que él ya no usa. Y, también..., pero no sé qué importancia pueda eso tener, también nos hizo alquilar una casita al lado de la suya y a menudo comemos en su casa. Si ya sé, ya sé que malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no me dejan vivir diciendo no sé qué y si sé qué de que ven a mi mujer irle a hacer la cama y guisarle de comer. ¿Y qué? (*Entran, jugueteando, el arcipreste y la mujer*). Sí que es verdad que algunas noches no regresa a nuestra casa hasta bien entrada la mañana, pero ¿a quien puede interesarle este asunto, este... caso?

Arcipreste: Dices bien Lázaro, que quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará. Digo esto porque no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir della. Ella entra muy a tu honra y suya, esto te lo prometo. Por tanto no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo, a tu provecho.

Lázaro: Señor, yo determiné de arrimarme a los buenos. Verdad es que algunos de mis vecinos me han dicho algo deso, y aun me han certificado que antes que conmigo casase había parido tres veces.

Mujer: ¡Ay, mísera de mí! ¿Pero has podido pensar que pudiera yo serte infiel? ¿Qué yo no te guardo el respeto que como legítimo esposo te debo? ¡Ay, ay, ay lenguas deshonorosas y maldicientes que queréis arruinar mi matrimonio y mi vida entera! ¡Yo me mato, me mato!

Arcipreste: ¡Oídos sordos a las lenguas mentirosas! ¡Oídos sordos! ¡Y a vivir, a vivir!

Lázaro: Pero mujer, si yo no me quejo, no me quejo nunca, que bien me parece que entres y salgas, de noche y de día, de casa del señor arcipreste que tanto nos favorece, alejándome del hambre... y de las malditas cebollas.

Arcipreste: Así pues, ¿quedamos los tres conformes?

Lázaro: ¡Quedamos!

Se abrazan los tres.

Mujer: Voy a por agua a la fuente, ahora vuelvo. ¿Estás contento?

Salen ella y el arcipreste.

ESCENA 17

Lázaro: Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso; antes cuando alguno siento que quiere decir algo della, le atajo y le digo: "Mirá, si sois mi amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar. Mayormente, si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo más quiero y la amo más que a mi. Y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco; que yo juraré que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo. Quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él". Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Pues en este tiempo estaba y estoy, sépalo Vuestra Merced, en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna, tal como le contaré en la carta que ahora mismo voy a escribirle, porque se tenga entera noticia de mi persona y no sólo del maldito caso y también porque consideren los que heredaron nobles estados que poco mérito tienen, pues la Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más vale los que siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salimos a buen puerto

Roger Llovet